

El Último Suspiro

Ella odiaba que la miraran con lástima, quería que la trataran como una persona normal, no era mucho pedir, ¿verdad? Aunque desde pequeña sabía que tenía cáncer de pulmón y era terminal, vivió una infancia como la de cualquier niña de su edad, deseaba ser doctora de mayor, soñaba con una familia, tener sus hijos, nietos, un perrito... Ella sabía que no iba a poder llegar a tener todo eso, por ello, pidió su último deseo, visitar Machu Picchu.

Le fascinaba la historia que tenía la antigua ciudad perdida de Perú, visitarlo con sus padres y su pequeño hermano de cinco años era un sueño cumplido.

Cuando se lo comentó a su familia, deseosos de cumplir las últimas voluntades de su hija mayor,



reservó un hotel cercano a un hospital por si acaso y compró los boletos del avión.

Al llegar, el guía que contrataron los esperaba con una amable sonrisa.

-Bienvenidos a Perú, familia Martínez, soy Luis Quispe y seré vuestro acompañante en vuestra trayectoria, ¿queréis que os ayude con el equipaje? El coche espera afuera.

Tras varios días, el guía notó que la muchacha se veía débil, ya apenas comía y muchas veces le costaba respirar; una noche tuvieron que trasladarse al hospital porque la chica le costaba demasiado conseguir aire.

-¿Estás bien?- preguntó un tanto preocupado.

-Ya está llegando mi hora.- dijo simplemente, mirando al techo. Él se giró rápidamente y la miró con pena, ella lo miró y dijo:

-Odio que me miren así, sé que me voy a morir, según Dumbledore de el libro de Harry Potter, la muerte no es más que la siguiente gran aventura. No le temo a la muerte, además, estoy cumpliendo mis sueños aquí, en Perú.

-Entonces tendrás una gran mente organizada.

-¿Cómo?- ella se movió hacia un lado para mirarlo a los ojos.

-Es lo que decía antes de la frase célebre del profesor Dumbledore.

Sonrieron y se despidieron, Luis fue la última persona con la que habló Ella, al día siguiente los médicos informaron de la muerte de la joven. Cuando vieron el cuerpo vieron la sombra de una sonrisa en su rostro, Luis rió en ese momento y negó con la cabeza, ¡claro que comprendía lo que era estar en el fino hilo que separaba la vida de la muerte, porque él mismo lo había experimentado! Su cicatriz lo decía todo.